

A woman with dark hair, wearing a teal long-sleeved top and dark pants, is sitting cross-legged on a wooden floor in a library. She is holding an open book and looking down at it. The background is filled with tall wooden bookshelves packed with books, mostly with red spines. The lighting is warm and focused on the woman and the text.

En tierra de hombres

Adrienne Miller

«Un relato cautivador sobre las implicaciones de ser la única mujer en un mundo de hombres.» *The New York Post*

PENÍNSULA

En tierra de hombres

Adrienne Miller

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *In the Land of Men*

© 2020 by Adrienne Miller
Published by arrangement with Ecco, an imprint
of HarperCollins Publishers.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2021

© de la traducción del inglés, Juan José Estrella González, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B-2.814-2021

ISBN: 978-84-9942-973-1

I

En mi despacho de *Esquire* había un cuadro, herencia de los editores de ficción que me habían precedido. Tenía el marco metálico muy abollado, y mostraba un artículo que la revista había publicado en la década de los ochenta, titulado «Quién es Quién en el Cosmos de 1987». Cuando asumí el cargo de editora literaria y de ficción de la revista, encontré el cuadro en el suelo, debajo del escritorio.

Ese «quién es quién», aparecido en el número de verano, en agosto de 1987, formaba parte de una sección especial que llevaba por título «El Universo Literario». Era uno de esos ejercicios de clasificación y encasillamiento a los que las revistas llevan entregándose desde el principio de los tiempos, una tabla clasificatoria del llamado *establishment* literario. Las estrellas de cubierta de ese número eran John Updike y William Styron. La tabla del «quién es quién», que parecía una especie mapa espacial para niños, era un desplegable a tres páginas con centenares de nombres flotantes, desprovistos de contexto, de diversos escritores, editores, agentes, críticos, profesores y editoriales agrupados por categorías del tipo «Estrellas emergentes», «Estrellas descendentes», «Fuera de órbita», «Universo paralelo» y «Perdidos en el espacio». Ya pilláis la idea. O quizá no. Seguramente, sería mejor si no la pillarais. Con el debido res-

peto al legendario editor de ficción de *Esquire* L. Rust Hills, que planteó aquella compilación como una especie de recreación de otra tabla literaria que la revista había publicado en 1963, yo nunca llegué a entender nada de todo aquello. Y estoy segura de que fueron pocos los lectores de *Esquire* que, en la década de 1980, entendieron algo.

En cualquier caso, había un concepto que sí quedaba muy claro: el lugar de aquella especie de mapa en el que convenía figurar era «El centro candente». Tal como Rust había escrito en su introducción, las personas allí ubicadas estaban generando «enormes cantidades de calor». Así, los autores de ficción ubicados en el interior de aquel sol rojo y abrasador (actualmente todos están muertos; ese sol es hoy un cementerio) eran Saul Bellow, John Updike, Raymond Carver, Elmore Leonard y Norman Mailer. Toni Morrison, probablemente la escritora estadounidense viva más importante, quedaba relegada a una luna del espacio profundo, mencionada solo en un recuento de los clientes de su agencia. En ese «centro candente» sí figuraban los nombres de tres mujeres, pero ninguno de ellos correspondía a novelistas, y solo una era autora: concretamente, crítica literaria. Las otras dos eran una agente literaria y una «*socialite*». Las tres mujeres siguen vivitas y coleando, aunque eso no debería sorprender a nadie: las mujeres, a la larga, siempre parecen perseverar.

Nunca supe qué hacer con ese cuadro. Yo detestaba el *star system* literario y todo lo que aquel mapa representaba, y de ninguna manera estaba dispuesta a colgarlo en la pared. Pero tampoco me atrevía a desprenderme de él. Intenté regalarlo, pero nunca parecía encontrar voluntarios que quisieran llevárselo, ni siquiera entre los veteranos más bregados de *Esquire* (es decir: Rust Hills, que nunca parecía dispuesto a atribuirse el mérito de su propia creación). De

modo que durante los años en que ocupé aquel despacho, ese «Quién es Quién» enmarcado vivió en una especie de purgatorio, puesto boca arriba en el estante más bajo de una librería, detrás del escritorio, cubierto de libros, entregas y cualquier otra cosa.

Cuando ocupé el puesto, en 1997, ningún grupo de comunicación podía aspirar a la autoridad literaria, de alcance universal, que *Esquire* había intentado atribuirse a sí misma en la década anterior. ¿Seguía existiendo siquiera algo remotamente parecido a un «centro candente», o incluso a un universo literario general? Y, en caso de haberlo, era yo, de alguna manera —a mis veinticinco años, y en tanto que editora literaria de la revista— su más que improbable guardiana? (¿O custodia? ¿O madre de la manada?)

En la parte baja de la página figuraba una categoría encabezada con el título «En el horizonte», una especie de cajón de sastre en el que se incluía a un novelista de veinticinco años llamado David Foster Wallace, que acababa de publicar su primer libro. Once años después de su cameo en aquel Universo Literario, David se encontraba en mi despacho, sentado en la silla giratoria baja, tapizada de terciopelo rojo, delante de mí, y sostenía aquel cuadro sobre las piernas.

—Dios mío, qué asco me da esto —me dijo.

David llevaba el pelo corto oculto por su bandana azul. Era de piel turbulenta y, como le gustaba decir a mi abuela de las personas blancas expuestas al sol, tenía «buen color». Lo contemplé durante unos momentos.

—Estás muy moreno, David.

Los ojos de Wallace, de un castaño dorado, brillaron evasivamente. Yo iba a publicarle cuatro relatos breves en *Esquire*. Era el autor de ficción con el que había trabajado más en la revista.

—Bueno, es que soy medio cuarterón.

David había cogido mi taza de plástico granate y blanca del hotel Taj Mahal, el de Donald Trump —que había adquirido hacía dos años durante un desafortunado viaje a Atlantic City y que había llevado a la oficina por razones desconocidas— y la estaba usando como escupidera de tabaco. Paciente, aguardaba a que yo determinara qué era un medio cuarterón.

—Un ochavón —dije yo al fin.

—*Touché*.

Yo estaba asombrada (y no del todo para bien) al ver que David era capaz de recordar tantos detalles sobre aquel Universo Literario desplegable: quién ocupaba qué lugar; los nombres de los autores ubicados en la categoría de las «Estrellas descendentes», por ejemplo, y la distinción entre el grupo de las «Estrellas emergentes» y ese otro en el que figuraba él mismo, el de «En el horizonte». (En la categoría de «Estrellas ascendentes» se incluía a Julian Barnes, Richard Ford y Louise Erdrich y era el mejor lugar en el que se podía estar.) Lo cierto era que yo no sabía gran cosa sobre la remarcable historia de aquel Universo Literario que, al parecer, había sido borrada de la memoria institucional de *Esquire*, y sabía menos aún sobre lo envenenado que había resultado ese pastel en los círculos literarios, hasta que David me lo contó. Según David, escritores y editores se habían pasado el verano de 1987 parlotando sobre ese Universo Literario: todos coincidían en que era superficial, cínico, ridículo... pero todos sabían en qué punto exacto aparecían, si es que aparecían. Lo único que yo había oído decir sobre aquel Universo Literario, y lo único que llegaría a oír al respecto, provenía de David.

—¿Cuántos años tenías cuando se publicó? —me preguntó.

Hice mis cálculos mentales. Quince. Iba a Noveno.

—¡Dios mío!

Cuando apareció ese número de verano de *Esquire*, a él le habían concedido una plaza de residente en una colonia de escritores situada al norte del estado de Nueva York, y empezó a contarme que el hecho de que su nombre apareciera en la revista de agosto le sirvió de excusa para comportarse todo lo mal que pudo en la colonia y, de hecho, en todas partes.

—Pero ¿sabes qué es lo más deprimente de todo? —me preguntó—. Lo mucho que me importaba toda la cosa esa. No pensaba en nada más: ¿cuándo me pasarán al «Centro candente»?

Aquella risita sombría.

Supongo que, si existía un centro candente a finales de la década de 1990 y a principios de la de 2000, ese centro bien podría haber sido David. Existía la sensación de que, más que cualquier otro escritor vivo, era leído de manera competitiva, de que su «particularismo» les resultaba insoportable a todos. En aquella época, tener a David cerca era peligroso. Antes de poder convertirlo en algo totalmente distinto —primero, en un personaje trágico muy querido: después, en un héroe cultural; más tarde, en un cuento con moraleja; por último, en un monstruo— habría que esperar, que tener consideración, que tenerlo a salvo, es decir, muerto: de nuestros héroes (y de nuestros monstruos) se exige sangre.

—¿Y qué más te da lo que dice una revista? —le pregunté.

David me miró con ojos brillantes, desde detrás de sus gafas.

—Lo bueno de ti —me dijo— es que tú nunca harías algo así.

—Claro que no —repliqué yo con resquemor.

Empezó a darse aire con la camiseta.

—¿Soy yo o aquí hace un calor que no es normal? —me preguntó.

La idea de que acudiera a mi despacho había sido suya («Todavía no puedo despegarme de ti»), pero estaba actuando de una manera muy rara: no quería que nadie lo viera, y por eso manteníamos la puerta cerrada. Le dije que si quería podía abrir la puerta para que entrara algo de aire.

—Eh... —dijo él—. Me sentiría demasiado cohibido hablando contigo con la puerta abierta.

Expectoró discretamente dentro de la taza del Taj Mahal y me contó una breve historia sobre una sesión de fotos para la revista *Us* (¿En serio? ¿Para la revista *Us*?) en la que había aceptado participar junto con algunos otros escritores jóvenes de la década de 1980. Según él, la sesión no había ido bien. De hecho, había ido lo contrario de bien.

—¿Y quieres saber qué fue lo que hizo el bueno de Dave antes de que le tomaran la foto? —me preguntó—. Pues me escapé. Me fui corriendo por la calle, llorando como un niño.

—¿Estabas bebido? —le pregunté.

—Ojalá.

Nada de lo que me contaba David sobre sí mismo me sorprendía ya (como afirmaba Quentin Crisp sobre las razones que le llevaron a dejar de limpiar su apartamento: después de cierto punto, la suciedad ya no puede ir a peor): ¿he conocido alguna vez a alguien que hablara de su pasado tanto como David hablaba del suyo?

—Interesante —le dije.

David se quedó en mi despacho el resto de la tarde, contándome más cosas sobre los excesos de su pasado. (Eso era David para mí: siempre vadeando, no, mejor dicho, arrojándose por el precipicio hasta los lados más oscuros de sí mismo, y de nosotros.)

Una de las conclusiones a las que había llegado respecto a él, y quizá la única que se mantendría en pie a pesar de todo, era que su triunfo artístico, a la vista de todas aquellas inmensas adversidades psicológicas y emocionales, fue un milagro por el que todos debemos estar eternamente agradecidos.

—Espero que nadie escriba sobre lo que ha ocurrido —me comentó.

Pero él sabía muy bien lo que se le venía encima, y yo también. A su debido tiempo, tendría que pagar un precio. Siempre hay que pagar un precio. Al final, siempre hemos de rendir cuentas.

—Pues lo harán —dije yo.

Hubo un largo silencio.

—Eh... Estoy jodido. Bien jodido.

Él sabía bien hacia dónde se encaminaba nuestro mundo: pronto ya no habría diferencia entre lo público y lo privado. Pronto todo sería lo mismo.

¿«Cómo» es alguien? ¿Es «bueno»? ¿Es «malo»? ¿Ella es «así» o «asá»? ¿Qué le pasa a él? ¿Quién hace eso? Todas esas cosas que pensamos de los demás —todo lo que decimos, nuestras quejas, nuestras inquietudes— son un intento de entender las incoherencias y las paradojas no explicadas de su carácter. ¿Cómo empezamos siquiera a enfrentarnos a las discrepancias que todos tenemos? Casi nadie es del todo lógico, sin fisuras, y son muy pocas las personas que encajan a la perfección en un todo integrado. En realidad, solo contamos con proyecciones de otras personas: impresiones de su carácter, fantasmas de su carácter, ideas vagas que pueden estar vinculadas a la realidad o no estarlo.